

Algo pugnaba por emerger de mi entrepierna. Me miré alucinado la bragueta. Hubo un fuerte topetazo final y una cabeza monstruosa surgió de entre mis muslos, bisbiseó amenazadora, me miró por un instante casi eterno a la cara y metros y metros de una rolliza serpiente se fueron deslizado muy lentamente entre mis paralizadas extremidades inferiores, para finalmente desaparecer en la espesa maleza que bordeaba el barrizal.

Porque yo estaba sumergido hasta las ingles en un barrizal y sin la menor posibilidad de liberar mis piernas del appestoso cepo de fango que las aprisionaba, a menos que alguien tirara con fuerza de mí; y, para que eso ocurriera, haría falta que ese alguien, con una cuerda o una rama lo bastante larga, viniera en mi auxilio.

Y nadie en el mundo tenía la menor idea de que yo estaba totalmente perdido en algún lugar de un ramal sin nombre de la margen izquierda de la desembocadura del río Usumacinta. Se trata de una inmensa corriente fangosa que discurre por la selva que separa Villahermosa de Campeche, en la península de Yucatán, República de México, América del Norte.

-Bueeno, Tristán y Violeta sí que tienen una vaga idea de en dónde paro, pero tampoco están en mucho mejor situación que yo -suspiré- y sé que dentro de unos años, cuando nos acordemos de esto, nos reiremos. Pero, por el momento, yo no le veo la menor gracia -me dije en voz alta, más que nada para oír una voz humana.

Recordé la fea cabezota de la serpiente, el roce de su musculoso cuerpo contra mi pantalón y la mirada helada de sus ojos amarillos; y, pese al calor, sentí un escalofrío.

Hice un nuevo esfuerzo por liberar mis piernas del fango y solo conseguí hundirme otro par de centímetros, sudar un poco más y que el pequeño grupo de guacamayos rojos que me observaba desde una rama (si esta hubiera estado solo dos palmos más abajo, habría sido mi salvación) se partiera de risa.

Empecé a considerar la posibilidad de pedir auxilio. Finalmente, la costa ya no podía quedar muy lejos y quién sabe si no había un poblado de pescadores, o, por favor, tan solo un pescador. Mis salvadores deberían tener muy buen oído para que, entre los chillidos de los micos, los gritos de los guacamayos, los berridos de no sé muy bien qué y unos gruñidos que sonaban de vez en cuando y que me ponían la piel de gallina cada vez que retumbaban, pudieran oír mi voz; la cual iba a parecer el maullido de un gatito desvalido.

Inspiré profundamente para lanzar el 'socorro' más potente del siglo y, a mis espaldas, crujió una rama rompiéndose y luego otra y después el ruido que hace la maleza al ser apartada por un cuerpo pesado que la atraviesa. Solté el aire de mis pulmones muy silenciosamente y empecé a girarme muy poco a poco mientras encomendaba mi alma al Señor, dispuesto a enfrentarme a la muerte en forma de jaguar. Y lo que vi emerger por un hueco del muro verde y luciendo una plácida sonrisa fue a Tristán.